

como cabeza del imperio, le arrastraron á dar unos pasos que su resolucion personal no habia podido obtener. En su comunicacion de 3 de diciembre de 1791 anunció al gabinete de las Tullerías, la resolucion formal que habia adoptado de «dar socorro á los príncipes posesionados en Francia si no obtenian ser reintegrados completamente en todos los derechos que les pertenecian á tenor de los tratados.»

XVIII.

Este escrito amenazador, comunicado bajo mano á París, por el embajador de Francia en Viena, antes de recibirse oficialmente asustó al rey, y fué recibido con gozo por algunos de sus ministros, y por el partido político que le era menos hostil en la Asamblea. La guerra lo corta todo, y estos hombres acogieron aquella comunicacion como una solucion á las graves dificultades en que se hallaban metidos y de las cuales no sabian como salir. Cuando no hay ya esperanza en el orden regular de los sucesos, la tenemos por lo general en lo que nos es desconocido. Parecía á estos espíritus aventurados que la guerra debia ser un entorpecimiento para la fermentacion universal, un estorbo para la revolucion, y un medio seguro para que el rey volviese á apoderarse del poder al apoderarse del mando del ejército. Esperaban con esto poder cambiar el fanatismo por la libertad, en un fanatismo de gloria, y engañar al espíritu del siglo, embriagándole por medio de conquistas en vez de satisfacerle dándole nuevas instituciones.

Los diputados de la Gironda pertenecian á este partido, y Brissot les inspiraba. Halagados con el título de hombres de estado, que ellos aceptaban ya por vanidad, y que se les daba por ironía, querian justificar su pretension, con un golpe audaz que cambiase la escena y

que desconcertarse á un mismo tiempo al rey, al pueblo, y á la Europa. Estos hombres habian estudiado las máximas de Maquiavelo y miraban el desprecio de lo justo, como una prueba de genio. Poco les importaba la sangre del pueblo con tal que ellos pudiesen dar pábulo á su ambicion.

El partido jacobino, escepto Robespierre, pedia la guerra á voz en grito, y su fanatismo no le dejaba conocer su debilidad. Para estos hombres era la guerra un apostolado armado que iba á propagar su filosofia social por todo el universo, y se hacian la ilusion de que el primer cañonazo que se disparase en nombre de los derechos de la humanidad, iba á conmovier todos los tronos.

Otro tercer partido confiaba tambien en la guerra, que era el de los constitucionales moderados. Estos se prometian poder dar cierta energía al poder ejecutivo, por la necesidad que habria de reconcentrar la autoridad militar en manos del rey en el momento en que la nacionalidad se viese amenazada. Toda guerra estrañada la dictadura al partido que la hace, y ellos esperaban para sí y para el rey esta dictadura de la necesidad.

XIX.

Una muger jóven, pero ya influyente, prestaba á este último partido el prestigio de su juventud, de su genio, y de su pasion; llamábase esta madama de Staël. Era hija de Necker y habia respirado en una atmósfera enteramente política desde que vió la primera luz. La casa de su madre habia sido el cenáculo de la filosofia del siglo XVIII, y en sus salones Voltaire, Rousseau, Buffon, d' Alembert, Diderot, Raynal, Bernardino de Saint-Pierre y Condorcet, habian jugado con aquella

niña, y dado la primera direccion á sus pensamientos. Su cuna, habia sido la de la revolucion. La popularidad de su padre habia acariciado sus labios, y habia dejado en ella una sed de gloria que no se apagó jamás. Buscábala con avidez, hasta en medio de las borrascas populares, y á través de la calumnia y de la muerte. Su genio era grande, su alma pura, y su corazon apasionado. Hombre por la energia de su carácter, muger por su sexo y por su ternura, necesitaba para que quedase satisfecho su ideal de ambicion, que el destino asociase para ella en un mismo papel, el genio, la gloria y el amor.

La naturaleza, la educacion y la fortuna hacian que fuese posible en ella este triple sueño de la muger, del filósofo, y del héroe. Nacida en una república, criada en la córte, hija de ministro y muger de embajador, pertenecia al pueblo por su origen, á los literatos por su talento, y á la aristocracia por su clase; estos tres elementos de la revolucion se confundian en ella, ó se combatian los unos á los otros. Su genio era como el coro de los antiguos, en que todas las principales voces del drama se confundian en una especie de concierto borrascoso. Pensador por la inspiracion, tribuno por la elocuencia, muger por el atractivo, su belleza invisible á la multitud necesitaba de la inteligencia para ser comprendida y de la admiracion para inspirar sentimiento. No era en ella lo mas notable la belleza del rostro y de las formas, sino la inspiracion visible y la pasion que en ella se descubria. Su actitud, sus ademanes, el sonido de su voz y sus miradas, todo esto obedecia á su alma para dar mayor lustre á su persona. De sus negros ojos salian, á través de unas hermosísimas pestañas, ciertas chispas eléctricas de ternura y de orgullo. Veíase uno casi forzado á seguir su mirada, cuando la dirigia hácia el espacio, como si tratase de encontrar en él las inspiraciones que buscaba. Esta mirada franca y profunda como su alma, tenia tanta serenidad como brillo, y se sentia que

el resplandor de su genio no era sino la reverberacion de un gran foco de ternura que abrigaba en su corazon. Asi habia un amor secreto en la admiracion que escitaba, y en esta misma admiracion, el amor era lo único que ella apreciaba, porque para ella no era otra cosa el amor sino una admiracion muy viva. Los sucesos dan la madurez muy pronto. Las ideas y las cosas se habian sucedido en su vida con tal precipitacion, que podia decirse que nunca habia sido niña. A los veinte y dos años poseia toda la madurez del pensamiento, unida á la gracia y á la savia de los años juveniles. Escribia como Rousseau, y hablaba como Mirabeau. Capaz de concepciones atrevidas y de seguir cualquier designio que concibiese, podia contener á la vez en su seno un gran pensamiento y un gran sentimiento. Semejante á las mugeres de la antigua Roma, que en la decadencia de la república agitaban el mundo con el movimiento de sus corazones; ó que daban y quitaban el imperio concediendo ó negando su favor, esta queria que su pasion se confundiese en su política y que la elevacion de su genio sirviera para elevar á aquel que ella prefiriese. Su sexo la prohibia aquella accion directa que la plaza pública, la tribuna ó el ejército, no conceden sino á los hombres en los gobiernos de publicidad. Ella debía permanecer invisible en medio de los acontecimientos que queria dirigir. Ser el destino oculto de un grande hombre, obrar por su mano, hacer su suerte, brillar llevando su nombre, era la única ambicion que le estaba permitida; ambicion tierna que seduce á la muger, y que es suficiente al genio desinteresado. Ella no podia ser de un hombre político sino su conciencia y su inspiracion; buscaba ansiosa á este hombre y su ilusion la hizo creer que habia dado con él.

Habia entonces en París un oficial general, jóven, de ilustre raza, de belleza seductora y dotado de un espíritu gracioso, flexible y vivo. Aunque llevaba el nombre de una de las familias mas acreditadas en la corte, cierta nubecilla eclipsaba todas estas cualidades, porque, segun se decia, circulaba por sus venas sangre bastarda, aunque real, y su fisonomía recordaba involuntariamente la de Luis XV.

Acreditaba este rumor la ternura con que le querian las tias de Luis XVI, á cuya vista se habia criado, manteniéndose luego á su lado, y habiendo ascendido por el favor que aquellas señoras le dispensaban, á los mas distinguidos empleos del ejército y de la corte.

Este jóven era el conde Luis de Narbona. Criado en semejante cuna, educado despues en la corte, cortesano por nacimiento y mimado por aquellas manos femeninas, célebre tan solo por su figura, por sus lijerezas y por sus salidas, no podia esperarse de semejante hombre ni la fé ardiente que precipita en el seno de las revoluciones, ni la energía estóica que son necesarias para llevarlas á cabo y dirigir las. Este noble jóven creia solo á medias en la libertad, y no veia en el pueblo sino un soberano, mas exigente y mas caprichoso que los otros, con el cual era preciso desplegar mas habilidad para seducirle, y mas política para manejarle. Sentia en sí toda la flexibilidad necesaria para desempeñar este papel, y tuvo la osadía suficiente para intentarlo. Sin grandes convicciones, pero dotado de ambicion y de valor, las circunstancias no eran á su vista sino un drama como la Fronda, en que los mas hábiles actores podian ensanchar sus esperanzas en proporcion á los hechos que fuesen acaeciendo, y dirigirlos hasta su desenlace. Ignoraba que en las revo-

luciones no hay sino un actor principal: la pasión. El no la tenia. Baluceaba las palabras del dogma revolucionario; tomó el traje de la época; pero su alma era de otro temple que el que exigian las circunstancias.

El contraste que habia entre aquella naturaleza y el papel que representaba, el ver aquel favorito de las cortes lanzado entre la multitud para servir á la nacion, y el reparar en aquella elegancia aristocrática cubierta con la máscara del patriotismo del tribuno, fueron cosas por un momento del agrado del pueblo. Este aplaudió aquella trasformacion como una dificultad vencida, porque le halagaba contar entre sus filas á los grandes señores. En esto veia un testimonio auténtico de su poder, se sentia rey al verse rodeado de cortesanos y les perdonaba á estos su distinguido rango, en gracia de la complacencia que hacía él tenian. Madama de Staël se prendió tanto del corazon como del espíritu de Mr. de Narbona. Su enérgica y tierna imaginacion, prestó al jóven militar todo lo que ella le deseaba, porque no siendo sino un hombre brillante, activo y valiente, ella hizo de él un político y un héroe. Engrandecióle con todos sus sueños para que se pusiese á la altura de su ideal, le rodeó de un gran prestigio, le creó una nombradía, le señaló un papel que desempeñar, é hizo de él el tipo vivo de su política. Desdeñar la corte, seducir al pueblo, mandar el ejército, intimidar á Europa, arrastrar á la Asamblea por su elocuencia, servir á la libertad, salvar á la nacion, y venir á ser, por sola su popularidad, el árbitro entre el trono y el pueblo, reconciliándolos en una constitucion liberal y monárquica á la vez, tal era la perspectiva que ella se ofrecia para sí y para Mr. de Narbona.

Ella encendió su ambicion con sus pensamientos. El se creyó capaz de aquella mision, puesto que ella la soñaba para él. El drama de la revolucion se concentró en aquellas dos inteligencias, y su conju-

racion, fué por algun tiempo la única política de toda la Europa.

Madama de Staël, Mr. de Narbona, y el partido constitucional querian la guerra; pero querian una guerra parcial, y no una guerra desesperada, que removiendo la nacionalidad hasta en sus cimientos, llevaria tras sí el trono, y lanzaria á la Francia en la república. Por su influencia lograron renovar todo el personal de la diplomacia, que pertenecía esclusivamente á los emigrados ó al rey, y llenaron las córtes estrangeras de hombres de sus mismas ideas. Mr. de Marbois fué enviado cerca de la dieta de Ratisbona, Mr. Barthelemy á Suiza, Mr. de Talleyrand á Lóndres y Mr. de Segur á Berlin. La mision de Mr. de Talleyrand era hacer fraternizar el principio aristocrático de la Constitucion inglesa, con el principio democrático de la Constitucion francesa, que se creia poder equilibrar y moderar, estableciendo la alta cámara. Habia esperanza de interesar á los hombres políticos de la Gran Bretaña en una revolucion, que era una imitacion de la suya, y que despues de haber removido el pueblo, vendria á hacerse flexible en manos de una aristocracia inteligente. Esta mision era fácil si la revolucion se hubiese regularizado por espacio de algunos meses en París. Las ideas francesas tenian popularidad en Lóndres. La oposicion alli era revolucionaria, y Fox y Burke, que entonces eran amigos, apasionaban al pueblo en favor de la libertad del continente. Preciso es hacer justicia á la Inglaterra, confesando que el principio moral y popular, oculto en las bases de su Constitucion, no se ha desmentido jamás á sí mismo, combatiendo los esfuerzos que han hecho los demas pueblos por darse un gobierno libre. Esta nacion se ha asimilado á la libertad en todas partes.

La mision de Mr. de Segur en Berlin era mas delicada. Tratábase de apartar al rey de Prusia de una alianza con el emperador Leopoldo, alianza que aun no se creia enteramente ajustada, y de arrastrar al gabinete de Berlin á aliarse con la Francia revolucionaria. Esta alianza prometia á la Prusia unido á su seguridad en el Rhin todo el ascendiente de las ideas nuevas en Alemania; idea maquiavélica que debia ser del agrado del genio agitador del gran Federico. Este habia hecho de la Prusia la potencia corrosiva del imperio.

Mr. de Segur no quiso marchar sino despues de haber obtenido el asentimiento del rey y de la reina, para las tentativas pacíficas de que iba encargado. Esta adhesion fué sincera y, sin embargo, todavia no habia llegado á Berlin Mr. de Segur, cuando una pretendida copia de las instrucciones que llevaba, salida de Paris, se halla en manos del rey de Prusia. Estas dos palabras, *seducir* y *sobornar*, eran el espíritu de ellas. El rey de Prusia, tenia favoritos y queridas. Mirabeau habia escrito ya en 1786: «no puede haber secretos en Berlin para el embajador de Francia, sino por falta de dinero ó de habilidad, aquel pais es avaro y pobre, y no hay ningun secreto de Estado que no pueda comprarse con tres mil luises.» Mr. de Segur debia tratar antes de todo, de captarse la voluntad de las dos favoritas. Era una de ellas hija de Elias Enka, músico de la capilla del rey difunto. Hermosa y espiritual, habia llamado la atencion del rey á la edad de doce años, cuando no era mas que príncipe real. Desde esta edad tan tierna, la habia predestinado para que fuese el objeto de su amor, y la habia hecho educar, con todo el esmero y todo el lujo con que puede educarse una princesa. Habia viajado por Francia y

por Inglaterra, sabia todas las lenguas de Europa, y habia cultivado su talento natural con el trato de los literatos y de los artistas mas célebres de Alemania. Un casamiento fingido con Rietz, ayuda de cámara del rey, motivaba su residencia en la corte, y la permitia reunir á su lado lo mas selecto de Berlin, en hombres eminentes, políticos y literatos. Mimada por una precoz fortuna, y no cuidándose mucho de mantenerla, habia dejado que otras dos rivales la disputasen el corazon del rey. Una de ellas, que era la jóven condesa de Ingenheim, acababa de morir en la flor de sus años; la otra era la condesa de Lichteman, que habia tenido dos hijos del rey, y que se lisonjaba en vano de hacerle olvidar á la señora de Rietz.

El baron de Roll en nombre del conde de Artois, y el vizconde de Caraman en el de Luis XVI, se habian apoderado de todas las avenidas de aquel gabinete. El conde de Goltz embajador de Prusia en París, habia informado á su corte del objeto de la mision de Mr. de Segur. Susurrábase entre los círculos mejor informados, que aquel enviado llevaba consigo algunos millones destinados á pagar la debilidad ó la traicion del gabinete.

Las supuestas instrucciones llegaron á Berlin dos horas antes que Mr. de Segur. Estas revelaban al rey un plan completo de seducciones y de venalidades que el agente de Francia debia poner en práctica entre sus favoritos y sus queridas; su carácter, su ambicion, sus rivalidades, sus debilidades falsas ó verdaderas, y los medios de obrar é influir por medio de aquellas gentes sobre el espíritu del rey, estaban anotadas allí con toda la seguridad de la confidencia. Tambien se veia una tarifa para todas las conciencias y un premio para todas las perfidias. El ayudante de campo favorito del rey, Bischofwerder, entonces muy poderoso, debia ser tentado por ofertas irresistibles, y caso que su connivencia lle-

gara á descubrirse una magnífica posicion en Francia, habia de ponerle al abrigo de toda eventualidad.

Estas instrucciones se habia hecho que llegasen á manos de aquellos mismos, cuya fidelidad debieron ponerse á precio. Estos las entregaron al rey con la seguridad de unas conciencias odiosamente calumniadas. El rey se ruborizó al ver el imperio que se atribuia al amor ó á la intriga en su politica, y se indignó de que se tratase de corromper la fidelidad de sus servidores. Desde aquel instante toda negociacion fué ya imposible y Mr. de Segur fué recibido con una fria reserva, afectando Federico Guillermo no querer hablarle, sino en presencia de todos. Preguntó una vez, en voz alta delante de él al enviado del elector de Maguncia, que noticias tenia del principe de Condé. El enviado le respondió, que aquel principe, se aproximaba con su ejército á las fronteras de Francia. «Hace bien, dijo el rey, porque está muy próximo á entrar en ella.» Mr. de Segur, acostumbrado á salir bien en sus negociaciones, durante su larga permanencia en la corte de Catalina, cuyo intimo favor obtuvo, dicen que comprometió á la condesa de Ashkof y al principe Enrique de Prusia, en el partido de la paz. Todavía hizo mucho mas: instruido finalmente de la existencia de aquellas fingidas instrucciones, logró hacerse dar una copia de ellas, y demostrar su falsedad al rey Federico Guillermo. Esto mismo fué un lazo para su negociacion, y otras nuevas intrigas hicieron inútiles todos sus esfuerzos. El rey poniéndose de acuerdo con el emperador sobre la conducta que habian de seguir, afectó por algun tiempo inclinarse al partido de la Francia; se quejó de las exigencias de la emigracion, y acarició al embajador. Este creyó de buena fé en aquellas demostraciones, y tranquilizó al gabinete francés sobre las intenciones de la Prusia. La repentina desgracia de la condesa de Ashkof y el haber rechazado con injuria las ofertas de alianza hechas por la Francia, desconcertaron los

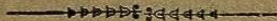
esfuerzos y trastornaron las esperanzas de Mr. de Segur, que pidió á Paris que se le volviese á llamar inmediatamente. Se dice, que su tristeza con este motivo llegó casi hasta la desesperacion, porque preveia las desgracias que iban á caer sobre su país, y la combustion en que iba á hallarse toda la Europa. Fué tanto lo que estos incidentes desagradables le impresionaron, que se dijo que habia atentado á su vida. Sin embargo, este rumor no tenia otro fundamento que el haberle acometido un accidente, en medio de un fuerte acceso de calentura, producida por la consideracion del abismo que no habia podido cerrar, y en el cual iban con efecto á precipitarse en union de la familia real, todas las esperanzas del partido constitucional.

XXII.

Este partido trató en esta misma época de conquistar á la Francia un soberano cuya fama valia tanto como un Irono en la opinion de Europa. Era este el duque de Brunswick, discípulo de Federico el Grande, heredero presunto de su ciencia y de sus inspiraciones militares, y proclamado de antemano por la voz pública generalísimo en la futura guerra contra la Francia. Arrancar al emperador y al rey de Prusia este jefe de sus ejércitos, equivalía á arrancar á la Alemania la confianza y la victoria. El nombre del duque de Brunswick era un prestigio que cubria la Alemania con cierta especie de terror y de inviolabilidad. Madama de Staël y su partido intentaron lo que acabamos de decir, pero esta negociacion fué secreta y concertada únicamente entre madama de Staël, Mr. de Narbonne, Mr. de La Fayette y Mr. de Talleyrand. Mr. de Custine hijo del general de este nombre fué el elegido para transmitir al duque de Brun-

wich las palabras del partido constitucional. El joven negociador era el mas á proposito para esta mision. Espiritual, seductor, instruido y fanático por la táctica prusiana y por el duque de Brunswick, cuyas lecciones iba á tomar en Berlin, inspiraba ya de antemano una gran confianza á aquel príncipe. Las ofertas del enviado se reducian al título de generalísimo de los ejércitos franceses, á una renta de tres millones anuales y á un establecimiento en Francia, equivalente á sus posesiones y al rango que ocupaba en el imperio. La carta que contenia estos compromisos estaba firmada por el ministro de la Guerra y por el mismo Luis XVI. Mr. de Custine salió para Brunswick en el mes de enero: en cuanto llegó, hizo entregar la carta al duque, pero trascurrieron cuatro dias antes que pudiese verle; al quinto, fué admitido por fin á una audiencia particular. El duque expresó entonces á Mr. de Custine con militar franqueza el orgullo y el reconocimiento que le inspiraba el concepto que de él se tenia en Francia. «Sin embargo, añadió, mi sangre es de la Alemania y mi fé de la Prusia. Mi ambicion está satisfecha con ser la segunda persona de esta monarquia, que me ha adoptado. Yo no cambiaré una gloria aventurada en el teatro inconstante de las revoluciones, por la alta y sólida posicion que mi nacimiento, mi deber y alguna gloria adquirida me dan en mi país.» Al terminarse esta conversacion viendo Mr. de Custine la inflexibilidad del príncipe, manifestó su *ultimatum* é hizo brillar á los ojos del duque la eventualidad de apoderarse de la corona de Francia si esta llegaba á caer de la frente de Luis XVI y era recogida por las manos de un general victorioso. Esto pareció deslumbrar á Brunswick que despachó á Mr. de Custine sin quitarle enteramente la esperanza de acceder á lo que se solicitaba. El negociador, partió de nuevo triunfante. Sin embargo el duque, poco tiempo despues ya sea por doblez, ya por arrepentimiento ó prudencia respondió dando una nega-

tiva formal á aquellas dos proposiciones. Esta respuesta la dirigió el duque directamente á Luis XVI y no á su ministro, y aquel infortunado rey conoció así la última palabra del partido constitucional, y cuan vacilante estaba ya en su cabeza una corona, que se ofrecía en perspectiva á la ambicion de un enemigo.



LIBRO SESTO.

Aspecto de las primeras sesiones de la Asamblea legislativa.—Se discute si debe haber ceremonial de apertura.—El rey se presenta en la Asamblea y es recibido con aplausos.—Dificultades de la Asamblea.—El clero, la emigracion, la guerra.—Parte del clero se declara contra el juramento civil.—Discurso de Fauchet, sacerdote juramentado.—Respuesta de Torné, obispo constitucional de Bourges.—Ducós pide que se imprima este discurso.—Gensonné aconseja la tolerancia.—Isnard lo combate y es aplaudido por los girondinos.—Decreto contra los sacerdotes no juramentados.—Discurso de Brissot contra las potencias y los emigrados.—Otro de Condorcet en el mismo sentido.—Vergniaud sube á la tribuna.—Su retrato.—Discurso del mismo.—Otro de Isnard.—Decreto contra los emigrados.—Estos dos decretos consternan al rey y á su consejo.—Carta de Andrés Chenier sobre la libertad de cultos.—Lucha de los periódicos jacobinos y girondinos contra los fuldenses.—La Fayette entrega el mando de la guardia nacional.—Bailly, corregidor de París, se retira al mismo tiempo.—Petion le sustituye.—Danton, como sustituto del procurador del distrito, empieza su fortuna popular.

I.

Tales eran las disposiciones recíprocamente amenazadoras de la Francia y de la Europa, en el momento en que la Asamblea constituyente despues de haber proclamado los nuevos principios dejaba á otros el encargo de defenderlos y aplicarlos á manera del legislador que se retira á descansar á su hogar para contemplar desde allí el modo con que se ejecutan las leyes confecciona-